

“Revelación de Kotosh”, poema americano

Escribe: DANIEL SAMPER PIZANO

Que es peruano y que escribe. He ahí todo lo que sabemos de Esteban Pavletich. Y que es poeta y hombre americano.

Lo demás es accesorio: ha escrito varios libros, entre ellos, *No se suicidan los muertos*, *Leoncio Prado*, *Extraño caso de amor*, *Antimperialismo*, *Revelación de Kotosh*. Pablo Neruda ha dicho de una de sus obras que es “uno de los pocos relatos que quedarán en nuestras pobres letras”.

Su último poema, *Revelación de Kotosh*, se editó en Lima, en octubre del año pasado. Tiene una breve introducción, a la que el autor llama “Señal para los transeúntes”, y que dice:

“En los trabajos de excavación que viene realizando la misión andina de la Universidad de Tokio, en las ruinas de Kotosh, a orillas del río Mito, en el departamento de Huánuco, acaba de descubrirse un templo precolombino, antiguo de cuatro mil años, según lo revelado por el radiocarbono”.

“Los arqueólogos han sido sorprendidos, asimismo, por el insólito hallazgo de dos pares de manos cruzadas, modeladas de arcilla, ornamentadas en los muros del adoratorio”.

“Es de advertir que ese símbolo teogónico, aparece por primera vez en un monumento de la prehistoria americana”.

(Versión de un periódico).

Esta es toda la base para que Pavletich realice un poema de cierta extensión, lanzando un grito americanista y elevando el símbolo desenterrado de Kotosh como estandarte revolucionario.

Pavletich, a diferencia de muchos poetas americanos-americanistas, es sumamente directo. Para él, América es la tierra, el suelo, lo de abajo; y es allí donde hay que buscar a nuestro continente. Es preciso advertir, empero, que la América de Kotosh es la Indoamérica, en el sentido más específico de la palabra. La América de los indios, no la América de los

marqueses; la América madre, no la América hija de tierras distintas; la América de abajo, no la de arriba; la de la sangre y las entrañas, no la de la cultura y los encajes; la América tierra, no la América cielo.

Kotosh encarna a esta América, la de la espectante redención, porque está en lo inferior, no en lo superior,

*Abajo,
en la gleba y no en el viento,
en la raíz y no en la copa,
en la letra y no en el tilde,
en la entraña y no en el ojo,
en el principio de todo lo creado,
en la cuna del hombre y de la vida,
sembrado más hondo que la muerte.*

En Bernárdez, quizá, se adivina ese sentimiento valorativo de lo inferior, cuando dice: "Que lo que el árbol tiene de florido / vive de lo que tiene sepultado". Pero son dos concepciones distintas. Para Bernárdez, lo que vale es lo "florido", aunque viva de lo "sepultado". Para Bernárdez, la máxima razón de ser de lo de abajo, es sustentar a lo de arriba. Pavletich piensa diferente. Para él, lo que vale no es lo florido, sino lo sepultado. La raíz, no la copa. Y la máxima razón de ser de lo de abajo, se encuentra en sí mismo.

Es por eso que el peruano se ve obligado a hacer una clara distinción entre Machu Pichu y Kotosh. Machu Pichu, que es la más alta demostración inca en la arquitectura de la piedra, y que se encuentra en la cima de un cerro en el valle de Urubamba, significa, por todas sus características, lo de arriba. Machu Pichu está construido "a la orilla de la luz y de los sueños". Es la "espuma" y no el "cauce", el encaje y no la entraña. Machu Pichu es

*espectacular,
propenso,
alucinante,
trapo rojo para el intruso,
turbación para el turista,
cebo para el aventurero.*

Machu Pichu es lo americano, sí, pero de arriba.

Kotosh es todo lo contrario: gleba, raíz, sangre. Pavletich le dicta una específica distinción cuando le dice:

*Kotosh,
Machu Pichu a la inversa
porque tú estás abajo
y no arriba.*

El poeta ha encontrado en Kotosh una figura más auténtica, más americana.

* * *

Tenemos esbozada ya una primera característica del poema de Pavletich: la identificación de América y Kotosh, y el hallazgo de la verdad en Kotosh, que representa lo de abajo.

Luego viene lo principal: el grito revolucionario. Eso, también, es Kotosh. Un estruendoso, decidido y resonante grito a la revolución, a la recuperación de América.

Nuestra América actual, para Pavletich, no es la América nuestra. Es la descendiente de una aristocracia virreinal, de un despotismo clerical, de un sistema colonial de encomiendas y, claro está, del indio puro. Porque en la América de verdad

*asentaron sus encarnizadas botas
hombres que no eran hombres
y vinieron del Oeste,
que eran marqueses
y no eran hombres,
que eran encomenderos
y no eran hombres
y para no ser menos
eran clérigos y no eran hombres.*

Hay que recuperar a la América nuestra, pide y pide Pavletich. Hay que recuperar el destino del hombre americano, que es Kotosh... porque Kotosh quiere decir "Mal que les pese",

*destino del Perú
destino del hombre peruano,
ni más ni menos
destino del Hombre-Kotosh,
destino americano.*

Kotosh, por ser la entraña continental, significa la revolución. Pero, a la vez, es el destino de la revolución. Es preciso que Kotosh vuelva a la paz, que sus manos "vuelvan a estar cruzadas para siempre".

Pavletich hace recuerdos de la época en que Kotosh tuvo sus manos cruzadas en señal de paz, hace muchos años. Antes del marqués, el clérigo y el encomendero.

*Las manos
podían estar cruzadas
aquel tiempo,
porque había,
en el fértil territorio desprendido de la noche,
paz,
fraternidad, alegría.*

*Todo era tranquilo entonces:
la germinación del maíz,
la ofrenda de la coca,
la diseminación de la quinua,
la risa del niño
y la luz de las luciérnagas.*

*El hombre hacía resplandecer la terracota
entre sus dedos
y la mujer hilaba el arco iris.*

*Las manos
podían estar cruzadas
sin que a nadie le doliera.*

Pero hoy es distinto. Kotosh tiene descruzadas las manos. Su jurisdicción está enajenada. El es la revolución, y el objetivo de la revolución. Está cercano el momento de la reivindicación, y el hombre lo pide angustiosamente: “¡Pero no tardes, Kotosh!”. La lucha es inminente para alcanzar la paz de Kotosh. Esteban Pavletich se hace fiel cargo de la situación, y escribe la más bella página de su poema:

*Cuando en los tambores incoercibles
del tiempo,
redoble la hora exacta,
impostergable,
de tu reaparición,
todos a una lucharemos
Kotosh,
cara a intestino,
hombre a mercenario,
corazón contra coraza,
sin pedir cuartel y otorgando cementerios,
como lucharon
Illatopa,
Tupac Amaru
¡y ya ni sabemos cuantos!
Todos a muchos lucharemos,
hasta que las manos cruzadas
de arcilla,
vuelvan a estar cruzadas
para siempre.*

Pavletich columbra que la lucha por Kotosh, que quiere decir América, verdad y paz, ha de ser una lucha terrible. Tan terrible como es el fenómeno de Kotosh descruzado de manos. Para Pavletich esa revolución solo tiene un camino. Para Pavletich, decimos. El camino del “rifle pre-dispuesto”:

Sumergible de la aurora,

Kotosh:

¡Adelante!

¡Adelante a toda máquina!

*Tus rojos tripulantes te estamos aguardando
con fosfórica impaciencia,
el corazón empavesado*

y el rifle predispuesto.

Estas son las palabras finales del poema, palabras que quedan re-tumbando en el horizonte-oriental de América.

Después de la revolución —que ha de ser una revolución nuestra, solo nuestra— quedarán las manos de Kotosh cruzadas nuevamente. Abajo, sí, abajo, “en lo más hondo de la región de los secretos / donde se adiestran los volcanes”. Y habrá paz y continente americano, y el itinerario de Kotosh, será “la luz que alumbrará mañana”.

Pavletich tiene la conciencia de que la América que ha de nacer será de tierra, será de abajo. Eso le hace agregar un punto más a su condición nativista, y profundizar un poco más que el resto de poetas americanistas que ha dado nuestra época. Pero, aparte de ello, Pavletich estructura los medios para la revolución, para la devolución del continente a sus verdaderos continentales. Esos medios son los de Kotosh:

*De tí brotará el rayo y no el gemido,
la imprecación y no el desmayo,
no la flor, el vengador disparo.*

El título del poema es, como vimos, *Revelación de Kotosh*. Que puede tener dos sentidos: el hecho de que Kotosh sea revelado, o lo que revela Kotosh. En este caso, se tiene ambos sentidos. El primero, el descubrimiento de algo nuestro, esperando (“Te presentíamos Kotosh, gota a gota”) americano. Y el segundo, lo que revela el símbolo: “nuestra patria secuestrada” —Pavletich, como Castro Saavedra, tiene a América por patria— y la necesidad de que la recuperemos para que sus manos vuelvan a estar cruzadas. Kotosh es la figura de lo que debe ser América. Eso es lo que terriblemente dice el poema de Pavletich.